

efectos de los Polvos cuestionados, es necesario tener presentes todos los Capítulos que he insinuado, por donde puede ser la experiencia equivocada, falsa, ó engañosa; poniéndose el observador en tal punto de vista, y tomando todas las precauciones debidas, para que por ninguno de los capítulos expresados pueda padecer error. Lo primero, ningún juicio debe fundar en noticias adquiridas por el oído, aunque vengan por sujetos muy veraces: porque, ¿qué importa que no falten á la verdad, si á ellos les falta la sagacidad necesaria para precaver toda falencia, quando por tantos caminos diferentes puede venir el error? Con la advertencia, de que lo propio digo de las noticias que desacreditan los Polvos, que de las que los acreditan. Igualmente cabe el error en aquellas, que en estas. Dicese que tales, y tales, ó empeoraron con los Polvos, ó murieron luego, como yo lo he visto en algunas Cartas. ¿Pero qué sabemos si esos enfermos se hallaban en tal estado, que no pudiesen sanar sino por un milagro, propia, y rigurosamente tal?

25 Lo segundo, debe examinar con el mayor cuidado, si la enfermedad, para que se usó de los Polvos, era de las curables por mero beneficio de la Naturaleza. Lo tercero, si era de las que admiten dilatados intervalos de vacacion. Lo quarto, si fue de poca duracion la mejoría. Lo quinto, si el creerse que la hay viene de la aprehension del enfermo; lo que es facil suceder en aquellos males, que no impiden las ordinarias funciones. Y finalmente omitidas otras advertencias ya insinuadas arriba, todo se reduce á averiguar si los Polvos curaron enfermos, que sin ese auxilio morirían sin duda. Y lo mismo digo, si la enfermedad solo era curable por un unico remedio, v. gt. la lue venerca, el qual no se aplicó.

26 Y realmente esta es la dolencia sobre que se pueden hacer muchas, y muy seguras observaciones. Monsieur Ailhaud en su libro propone algunas certificaciones de que sus Polvos curan la lue venerca; y con tal eficacia,

cia, que á veces la disipan, despues de probar inútil todo otro medicamento. A la pag. 44 se certifica, que Maria Dupui, infecta de esta dolencia, agotó en siete, ú ocho meses toda la Medicina, Chirurgia, y Farmacia de Marsella, sin que le sirviese de cosa; y despues, tomando, por espacio de un mes, los Polvos de Monsieur Ailhaud, fue curada perfectamente. Y á la pag. 78, y 79 se lee una duplicada certificacion de que Francisca Endrode, despues de haber sufrido dos veces la uncion Mercurial, sin alivio alguno, fue curada con repetidas tomas de dichos Polvos.

27 Esta vilísima enfermedad está tan estendida, que á qualquiera Medico se le ofrecerán mil ocasiones de probar en ella los Polvos: tanto mas, quanto es cierto que serán muchos los que quieran mas sugetarse á este medicamento, que al martirio de sudores, y unciones, mayormente si les aseguran, que su uso no tiene riesgo notable alguno; y yo lo creo así, por el motivo que luego diré, tomado de las observaciones experimentales, que he hecho.

28 ¿Pero qué he deducido de estas? Que los cuestionados Polvos, ni son tan buenos como predicán sus apasionados, ni tan malos como los representan sus desafectos. Ni los he visto hacer milagro alguno, ni puedo con certeza acusarlos de algun homicidio. Combinados varios casos, en que tuve noticia de su aplicacion, y de su verdadero, ó imaginario efecto, no hallé mas motivo para apreciarlos, ú despreciarlos, que á otros purgantes que en un tiempo estuvieron en grande reputacion, y despues, ó en todo, ó en la mayor parte cayeron de ella. Es verdad que en esta Ciudad se proclamaron tres curaciones admirables; pero tambien lo es, que no hubo tales curaciones. Las dos se atribuyeron á dos sujetos que padecian hydropesía de pecho. Yá se sabe que esta enfermedad suele dár largas treguas, y aun admite algunos intervalos en que se representa una gran mejoría. Esto, á lo mas, fue lo que se experimentó en

Tom. IV. de Cartas. H los

los dos enfermos, los quales no dexaron de morir dentro de dos, ò tres meses despues de tomados los Polvos. El tercero fue un sugero de muy sobresaliente caracter, que pudeció cierto accidente, grave por su especie, pero de los mas leves dentro de aquella linea. Duró el accidente dos dias, ò poco mas, pasados los quales se halló capaz de varios exercicios, que pedian bastante robustéz, y despejo, à excepcion de alguna lentitud en la explicacion, que solo se hacia bastantemente sensible à los que en el trato anterior al accidente se la habian reconocido mucho mas desembarazada. Dentro de ocho, ù diez dias le administraron los *Polvos de Aix*, y luego se esparció la noticia en muchas Cartas à Madrid, y otras partes, de que le habian recobrado enteramente, pero sin fundamento. Yo le ví, y traté pocos dias antes de tomar los Polvos, y pocos dias despues, sin notar diferencia alguna; y lo mismo aseguraron otros muchos, como tambien, que en el mismo estado permanece al presente. Y lo que sabemos todos es, que sin hacer yá memoria de los *Polvos de Aix*, se le está actualmente preparando otra cura muy diversa.

29 Mas: Asi como por lo que he visto no puedo atribuir à los Polvos de Aix alguna curacion bien decidida; tampoco tengo fundamento para acusarlos (como sin razon, à mi parecer, hacen algunos) de haber causado algun daño considerable. Gratuitamente se les agradece la mejoría de muchos que usan de ellos en indisposiciones, ò leves, ò pasageras, que sin ellos, ni otro remedio cederian al mero esfuerzo de la Naturaleza; y injustamente se les imputa la muerte de algunos, à quienes se administran en enfermedades de su naturaleza mortales. Los que padecen indisposiciones habituales, hablan de ellos como de otro qualquiera medicamento con quien tengan (como se dice) buena fé; que aunque nada adelantan con él, en fuerza de la pía aficion, ò se persuaden à que se hallan algo mejorados, ò piensan que sin ese auxilio morirían dentro de breve tiempo.

Por

Por eso la prueba de este medicamento se debe hacer, como insinué arriba, en enfermedades, que ni maten prontamente, ni se dexen vencer de los meros esfuerzos de la Naturaleza, v. gr. la lue venerca.

30 Mas sobre esto me restan dos advertencias que hacer. La primera, que en el uso, ò no uso de los Polvos debe proceder el Medico segun el ultimado concepto probable que hiciere del daño, ò provecho, que harán. Porque yá se vé, que si tiene mas probabilidad de que dañarán, que de que aprovecharán, no podrá recetarlos; lo mismo digo, si usando de los Polvos, se arriesga à perder tiempo; de modo, que despues yá no pueda curar al enfermo con el remedio ordinario, por haver arribado entretanto la enfermedad al estado de incurable. La segunda es, que la prueba de los Polvos se haga administrandolos segun prescribe el Inventor; esto es, dando sobre ellos una grande cantidad de agua, dividida en tantos haustos regulares, quantos sean los cursos.

31 Y yo estoy tan conforme con este método, que me inclino mucho à que si los Polvos de Aix tienen alguna especial virtud curativa, de que carecen otros purgantes, lo deben *al beneficio de la mucha agua que se les agrega*; y aun casi me persuado, que la misma virtud tendria otro qualquiera purgante, administrado con el mismo método. Es muy cierto que la agua tiene la facultad de desleir las sales, atenuar los humores glutinosos, por consiguiente hacer mas eficaz, y al mismo tiempo mas suave, y facil la accion del purgante. Pero este beneficio le prestará el agua con qualquiera otro purgante, y no solo con los Polvos de Aix.

32 Yá es cosa muy sabida que el agua bebida en cantidad excesiva, por sí sola, y sin ser acompañada de otro medicamento, ha hecho *mil curas prodigiosas* en enfermos deplorados. Don Juan Vazquez Cortés, Medico famoso de Sevilla, con este remedio solo curó en aquella Ciudad muchos enfermos desahuciados por otros Me-

H 2

di-

dicos. Tengo entre mis libros el escrito impreso de un Medico de Valencia (Don Gregorio Marcia), que à un enfermo (Pedro Zuiza, Cirujano de Godella) desahuciado por otros tres Medicos curó perfectamente, haciendole beber en el discurso de once dias trescientas y noventa libras de agua; libra se entiende de doce onzas; de modo, que si no yerro la cuenta, correspondieron à cada dia algo mas de veinte y seis libras de à diez y seis onzas.

33 Y no siendo ignorada por muchos Profesores esta grande *Virtud del agua*, creo que el no practicase mas à menudo este genero de curacion es porque pide mas valor, no solo en el enfermo, mas aun en el Medico, que el que comunmente tienen uno, y otro. Don Francisco Junco, Chantre de esta Santa Iglesia, que estuvo algunos años en Roma, me aseguró, que en aquella Capital es comunísimo el ordenar à los enfermos, que se purgan, el que beban copiosa agua sobre la purga.

34 No falta quien sospeche que el Medico de Aix, yá por estar noticioso de la práctica de Roma, yá por conocer la poderosa *Virtud del Agua* para licuar las sales, desleir humores glutinosos, y por consiguiente vencer las mas rebeldes obstruccioncs, infirió de aqui, que sería utilísimo el uso de una gran cantidad de agua sobre qualquiera purgante. ¿Pero qué utilidad se le seguiria de declarar à los enfermos esta verdad? Poca, ò ninguna. Como al contrario, tendria una portentosa ganancia, si hiciese creer al mundo que la agua solo podria hacer algun efecto considerable, tomada sobre una determinada droga de su invencion, cuyo secreto se reserva; y la tal droga será acaso un purgante comunísimo artificialmente disfrazado. Yo no convengo en esta maliciosa conjetura. Pero sé que no pocos Medicos han usado de este artificio para vender por secretos suyos vulgarísimas drogas, yá de concierto con el Boticario, à quien se envia la receta debaxo de la formula: *R. Pulveris nostri*; ò *R. Pillularum nostrarum*; yá com-

componiendo la droga en su casa, para ocultar tambien la trampa al mismo Boticario.

35 Acaso el *Aceyte de Cabina*, que el Padre Gumilla acredita en el Tom. I. del *Orinoco Ilustrado*, pag. 311, si vale algo mas que otro vulgarísimo purgante, lo debe asimismo à la mucha cantidad de agua tibia, que se ordena tomar sobre él.

36 En lo que estoy sumamente firme es en que ni los *Polvos de Aix*, ni otro algun medicamento son, ni pueden ser *Remedio universal*, como pretende Mons. Ailhaud. Esto por la razon que expuse al principio de esta Carta, la qual convence lo proprio de otro qualquiera medicamento, à quien se pretenda atribuir tan gloriosa prerrogativa.

37 Tampoco le concederé jamás à Mons. Ailhaud, que ninguna enfermedad resida, ò tenga su origen de la sangre; y por tanto nunca, como quiere persuadirnos, sea necesaria la sangria. ¿No sería sandéz preferir en esto la autoridad de Mons. Ailhaud à la de tantos Medicos ilustres que hay, y hubo en el mundo? Aun quando no hubiera por la parte opuesta mas que el *Esculapio de las Provincias unidas*, el gran *Boerhave*, (que así le apellida yá toda la Europa) el qual en muchas enfermedades ordena la sangria, y en algunas repetida, y copiosa, le seguiria yo con gran preferencia al Medico de Aix.

38 Y yá que hice memoria de Boerhave, no será fuera de proposito confirmar ahora con su autoridad lo que dixé al principio de esta Carta, que no hay, ni puede haber algun *Antidoto universal*. Así lo decide claramente este grande Autor en sus *Instituciones Medicas*, de *Methodo Medendi*, num. 1129 por estas palabras: *Generale autem Antitoxicum prophylacticum nullum omnino cognoscitur hactenus, quin et repugnat tale esse.*

39 Concluyo advirtiendo, que las reglas que he propuesto para examinar la utilidad, ò inutilidad de los *Polvos de Aix*, pueden servir para el examen de otro qualquiera
Tom. IV. de Cartas.

quiera medicamento nuevo que tenga predicantes de sus excelencias. Nuestro Señor guarde a Vmd. muchos años. Oviedo, &c.

CARTA X.

RESPONDIENDO A UNA consulta sobre el Proyecto de una His- toria General de Ciencias, y Artes.

1 **M**UY señor mio: Aun no del todo convalécido de una penosa fluxion, que padecí estos dias, y me hizo retardar la respuesta à la Carta de V. S. digo, que recibí ésta con singular estimacion, por lo mucho que V. S. me honra en ella, suponiendolo mera liberalidad al merito que no tengo; en cuya cuenta entra tambien el considerarme apto para satisfacer à V. S. sobre la consulta que me hace en orden al gran Proyecto Literario que ha concebido de *Historia General de Ciencias, y Artes*; y en que quanto yo puedo hacer, es representar à V. S. la arduidad de la empresa.

2 Esta, Señor Conde, no es obra para un hombre solo, ni para tres, quatro, ò cinco, sino para muchos, y estos muy versados en las Facultades, cuya Historia se intenta, uno en cada una; aunque podrá hallarse tal, ò tal sugeto que comodamente abarque tres, ò quatro. No sería menester tanto, si hubiese Historias particulares de todas esas Facultades. Digo que no sería menester tanto. Pero siempre sería menester mucho; porque para extractar la Historia particular de qualquiera Facultad, aunque no se requiere un perfecto conocimiento de ella, es necesario mucho mas que
que se llama meramente tintura. En

3 En esto padecen, no pocos, un engaño notable; y es, que aunque no hayan estudiado esta, ò aquella Facultad, juzgan que con tener libros de ella, y aplicarse à su lectura, podrán suplir esta falta, por lo menos para imponerse en algunos puntos particulares, cuya inteligencia desean. Si uno de estos se introduce à escribir (como en efecto se introducen algunos), ¿qué absurdos no dá à la prensa? Piensa el pobre que copia fielmente lo que leyó en el libro, y lo que escribe es diversísimo de lo que leyó. Esto procede, yá de que la inteligencia de una especie pende del conocimiento de otras de la misma Facultad, las quales él enteramente ignora; yá de que el Autor, en quien lee, habla debaxo de alguna suposicion, y él toma, como absoluto, lo que en el libro es hypotético; yá porque de arriba viene derivada alguna restriccion que él no leyó, ò de que no se hizo cargo; yá de que tomó algun termino en la significacion que tiene en el uso comun, y no en la que tiene dentro de aquella Facultad; yá de otros principios, que es escusado enumerar.

4 Yá por estos principios, yá por aquellos, yá por los otros, ¿qué monstruosidades, y cuántas he visto salir à luz de las plumas de algunos de estos aventureros de la República Literaria! De Virgilio se dixo, que sacaba oro del informe, ò rudo plomo de Ennio, ò otra materia, que no es menester nombrar ahora, mas vil que el plomo, y la escoria. Mas estos Escritores, sin vocacion, sin ingenio, sin estudio, como Alquimistas al revés, el oro que encuentran en los libros, transforman en hierro, en plomo, en escoria.

5 No niego yo que hay sugetos capaces de imponerse muy bien en una, ò otra Facultad, y aun poseerlas ventajosamente, sin voz viva de Maestro, mediante el mero auxilio de los libros: pero estos son

... Pauci, quos æquus amavit
Iupiter

6 Son muy pocos, son raros. Pero son muchos aque-
H4 hlos,